

# LA "RHETORICA CHRISTIANA", DE FR. DIEGO DE VALADES

ENTRE los infinitos y curiosísimos libros que se refieren a nuestra labor colonizadora en América, hay uno, poco conocido, que escribió Fr. Diego de Valades. Mencionanse tres ediciones: dos en Perusa, 1579 y 1583, y otra en Roma, 1587. De éstas últimas, no se conocen ejemplares; de la primera, rarísima, hay uno magnífico en nuestra Biblioteca Nacional.

Fray Diego de Valades, español (*iberus*), escribe un tratado de retórica general; pero, a título de ilustración y de ejemplo, nos proporciona, en la cuarta parte de su libro, algunos capítulos dedicados a la evangelización de Méjico, ilustrados con dibujos y estampas de su propia mano, pues era, además de un celoso misionero, un artista de mérito, un buen pedagogo y, tal vez, profesor de dibujo en la célebre escuela técnica para indígenas, que fundó Fr. Pedro de Gante junto a la capilla de San José de los Naturales. Sus opiniones tienen el valor que es preciso conceder a un hombre que, según expresa, ha vivido entre los indios más de treinta años, y más de veintidós se dedicó a predicarlos y confesarlos en tres de sus lenguas: mejicana, tarasca y otomí.

El entusiasmo que reflejan estas páginas, escritas en latín, por la obra civilizadora de España en América, es extraordinario. Fray Diego abandona los ejemplos usuales de la antigüedad clásica, y en cuanto tiene ocasión, y a veces sin tenerla, los sustituye por otros, relacionados con las Indias: «No quisiera rebajar el ánimo de los

romanos, que, con sus grandes virtudes militares, redujeron al Imperio tantas provincias y vinieron a ser los señores y los monarcas del mundo; pero con mayores elogios y con majestad de palabra nueva, debe ser ensalzada la inaudita fortaleza y valentía de Hernán Cortés y de los religiosos que entraron en aquellos nuevos orbes, porque nadie ha habido de ánimo más levantado que acometiese empresa tan ardua y la llevase a cabo con tanta presteza». Y, en otro lugar, afirma que «entre los acontecimientos de la cristiandad, desde que Dios creó el Mundo, ninguno más digno de memoria imperecedera ni mayor y en que Su Majestad hiciese tal ostentación de su clemencia, como la conversión y pacificación de los orbes de la Nueva España».

Los ritos de los indios, la construcción de sus templos, edificados sobre colinas artificiales, que ofrecen el aspecto de las pirámides de Egipto, los salones, los pórticos, las habitaciones de los sacerdotes, los parques y los árboles que los rodeaban, las danzas y los bailes de los indios, las imágenes de los ídolos, la mesa de los sacrificios, la manera de inmolar a los hombres, abriéndoles el pecho con navajas y cuchillos de piedra, para extraerles el corazón, que inmediatamente ofrecían al dios, rociando con la sangre las paredes del templo, y otras muchas singularidades de la religión azteca, se escriben con todo detalle.

Pero donde se acrecienta el calor de la narración, es en la obra evangelizadora. «Aquella fiereza bestial se transforma, por obra de Fr. Martín de Valencia y de sus doce compañeros de la Orden franciscana, los primeros de todos, que, como doce luminares, a semejanza de los doce Apóstoles, marcharon a aquel Nuevo Orbe para fundar la nueva Iglesia, y después, también, por los religiosos de la Orden de Santo Domingo y San Agustín, que, con la ayuda de Dios y el ejemplo de su vida, costumbres y probidad, hicieron, y hacen hoy día, cosas estupendas; convirtieron y convierten, como adelante expondremos, infinitas muchedumbres, quitándoles sus idolatrías, homicidios y los crueles sacrificios que estos bárbaros tenían, tales cuales no se han visto ni oído de ninguna nación, predicándoles la ortodoxa doctrina, con suavísima elocuencia».

La maravillosa rapidez con que los misioneros aprendieron las



RHETORICA CHRISTIANA

AD CONCIONANDI, ET ORANDI VSV AC  
COMMODATA, VTRIVSQ FACULTATIS EXEM  
PLIS SVO LOCO INSERTIS, QVAE QVIDEM, EX  
INDORVM MAXIME DE PROMPTA SVNT HISTO  
RIIS. VNDE PRAETER DOCTRINAM, SVMA QVO  
QVE DELECTATIO COMPARABITVR .

AVCTORE

FRANCISCVS P. F. DIDACO VALADES TOTI  
VS ORDINIS FRATRVM MINORVM  
REGVLARIS OBSERVANTIAE OLI  
PROCVRATORE GENERALI  
IN ROMANA CVRIA .  
AN. DNI . M. D. L. XXVIII.

CVM LICENTIA SUPERIORVM

S ANCTISSIMO. DNO. D. PAPA GREG  
GORIO XIII DICATA ANO DNI 1629

ceptis, & ratiocinativam est inferior. Secundam verò conseruatricē specierum intelligibilium, quæ rationi subest & posteriori parti cerebri inhaeret. Videtur ad has alludere D. Damascenus inquires: Memoria est imaginatio quædam rebus abstracta, & conseruatrix rerum sensibilium, & intelligibilium. Tertia inest superiori parti rationis, & appellatur retentio, vel essentialis conseruatio similitudinis omnium rerum boni & mali. Quæ quidem omnia clarius perspiciuntur in subiecta hac figura. In qua etiam licet videre vbi sit sensus communis, fantasia cogitativa, imaginatiua, ratiocinatiua, memoratiua, nec non odoratus, & gustus, & auditus, & visus.



lenguas indígenas, la publicación de gramáticas y vocabularios, y la elocuencia que desplegaron en sus pláticas y sermones, fueron motivo de asombro para los indios, que lo tenían por cosa divina, y realmente —dice Valades— no dejó de ser prodigioso y milagroso.

A ellos se debe —en gran parte— la conservación de los idiomas americanos, llevando su celo, en ocasiones, para aislar al indio de contactos perniciosos con los europeos, a dificultar la expansión de la lengua castellana, y en otras, con sincera admiración, a considerar aquéllos como absolutamente perfectos y de una capacidad expresiva inigualable.

Fray Gabriel de San Buenaventura nos dice que el maya «es tan fecundo, que casi no padece equivocación en sus voces propiamente pronunciadas; tan profuso, que no mendiga de otra alguna lengua las propiedades; tan propio, que aún sus voces explican la naturaleza y propiedades de los objetos, que parece fué el más semejante al que en los labios de nuestro primer padre, dió a cada cosa su esencial y nativo nombre». Y Fr. Rodrigo de la Cruz, escribe a Carlos V en 1550: «A mí me parece que V. M. debe mandar que todos deprendan la lengua mexicana, porque ya no hay pueblo que haya muchos indios que no la sepan y la deprendan sin ningún trabajo, sino de uso, y muy muchos se confiesan en ella. Es lengua elegantísima, tanto como cuantas hay en el Mundo».

En la *Rhetórica Christiana* palpita el amor a la raza sometida. Palpita ese amor misional, lleno de caridad evangélica, fervoroso y humilde, que fué general en todos los propagadores de nuestra fe en el Nuevo Mundo, durante la gloriosa centuria. Fr. Bartolomé de las Casas es un típico representante de esta efusión de caridad, aunque su temperamento apasionado le lleve, con frecuencia, por rutas extraviadas y peligrosas.

Valades reacciona con viveza ante los despiadados que injurian el cristianismo de los indígenas y se esfuerzan en desacreditarlo y en aminorar, por lo mismo, la gloria de los religiosos, que, con tanta diligencia, se consagraron a instruirlos en la doctrina cristiana:

«A los que con tanta inepea y tan ligeramente hablan, podría decirles al oído lo de Pablo: ¿Quién eres tú para juzgar al que no

es tu siervo y como ladrón metes la hoz en mies ajena? Sólo Dios es el conocedor de los corazones y con candelas escudriñará a Jerusalén y la desbaratará». «No pretendo canonizar a los indios, atribución propia del Romano Pontífice, pero sí refutar con razones y como testigo de vista, no de oídas, lo que se les achaca, porque no sólo presencié sus actos sino que los presidí.»

«Se tuvo y se tiene hoy que contener el excesivo fervor de los indios. Afirmar, pues, que no han dejado sus antiguos ritos y ceremonias, es, sencillamente, calumniarlos e injuriarlos, no levemente, porque no hubo predicador que tan de raíz acabase con sus ídolos como ellos mismos.»

¿Qué españoles acuden, aun con grandes temporales, a oír misa y a los sermones, desde diez y quince millas de distancia, y cargados, a veces, con sus hijos? ¿Quién los compele a asistir a misa los días laborables, antes de comenzar las faenas en sus campos? ¿Quién los trae por las tardes a llenar nuestras iglesias y a orar, de rodillas o de pie, con compostura y devoción tan diferentes de las nuestras? Y en las fiestas del Señor y de la Bienaventurada Virgen María y en otras solemnidades, ¿quién los obliga a venir cada uno con su vela, que les cuesta cuatro reales, y a permanecer desde que comienzan hasta el fin de la tarde?

Y para demostrar la sinceridad y el fervor de los nuevos cristianos, cuenta cómo celebran las grandes festividades y el celo que muestran en confesarse, esperando, a veces, dos y tres días a la intemperie, por no haber confesores suficientes, y de qué manera los enfermos se hacen llevar en hamacas, por sus amigos y conocidos, que atraviesan montes y valles, hasta que encuentran un sacerdote, y es preciso violentarlos para que, en sus testamentos, no dejen su fortuna para obras pías, sufragios y misas.

C. PEREZ BUSTAMANTE